

¿RENACER A Fin de Siglo?

EL PROBLEMA DE KOSOVO NO ES SÓLO europeo. La naturaleza de este conflicto -origen, desarrollo, solución final y consecuencias- no es algo para ver sencillamente desde las gradas, y aunque nos quedemos en las gradas la sangre nos “salpica” y las ondas expansivas del drama llegan a nosotros de alguna forma.

La evolución humana ha llegado paralela a las guerras. Parece inevitable. Por más que nos lamentemos y consideremos que las guerras solo dejan destrucción y hacen aflorar lo peor de la condición humana, parece que siempre habrá algunos dispuestos a transitar por ese camino -y arrastrar a otros-, desechando el diálogo y la solución política. Lo más terrible es que al final, se concluye que se pudo evitar.

Pero de toda tragedia hay que sacar lecciones, es lo mejor que se puede hacer, es lo único que puede darle sentido a las desgracias provocadas por los hombres. Con la calma después de la tempestad vienen los análisis, las revisiones, las estrategias de perfección -incluso “perfeccionar” lo imperfecto, como ocurre con las armas-, los por qué y para qué y, claro está, valorar qué representa el triunfo y el fracaso para las distintas partes.

Hace unos días leí un artículo titulado “¿Hacia qué nuevo orden mundial?”, aparecido en el diario español *El País* y reproducido, casi totalmente, por el periódico *Juventud Rebelde*. Un interesante análisis del conflicto y sus secuelas, buena oferta para los lectores cubanos. Para el autor está claro el carácter predominante de los Estados Unidos -porque impera a escala mundial- y el aparente fin de la soberanía nacional en las nuevas reglas mundiales.

Los grandes siempre quisieron dominar. En este siglo, ese deseo de dominar duró muchos años, se le llamó “guerra fría”. Los tres puntos estratégicos que Estados Unidos buscó por el norte -el propio territorio, Europa, y Asia-, la Unión Soviética los persiguió por el sur intentando expandir el socialismo en América Latina, África y también en el sudeste asiático (algo similar había intentado Hitler). Pero no resultó, era un desgaste humano y material tremendo. Entonces los

analistas geopolíticos concluyeron que, siendo la Tierra un objeto en el espacio, había que dominar de manera tridimensional, tanto en la Tierra como en el espacio. Comenzó la carrera espacial, de alto costo, donde “triunfó” el más fuerte económicamente. Cuando Estados Unidos logró concretar una buena parte de su programa de defensa antinuclear -más conocido como “guerra de las galaxias”- las esperanzas de dominio de la URSS terminaron: ¿de qué valía tener armas nucleares que podían ser destruidas en el aire antes de llegar al blanco programado? Fue el comienzo del fin de la “guerra fría”, se rompió el equilibrio, la balanza se inclinó hacia un solo lado.

Pero esto no es un cuento infantil, no se puede simplificar diciendo que triunfaron los buenos y perdieron los malos. Triunfaron unos hombres sobre otros hombres, triunfó un sistema sobre otro sistema. Se dice que Richard Nixon, ya retirado, vaticinó que el problema para Estados Unidos llegaría con el fin de la URSS, cuando quedara como única fuerza sin rival, con dificultades para dominar su propio poder. Tal vez esos problemas ya comenzaron o están por comenzar, o quizás nunca se produzcan. Lo cierto es el predominio casi sin límites con que cuenta hoy nuestro vecino.

El artículo mencionado se refiere también al fin aparente de la soberanía nacional, como sucedió en Yugoslavia. Un gobierno puede ser atacado, e incluso removido, si otro -con otros- entiende que su actitud para con la población no es apropiada. Ignacio Ramonet, el autor, recuerda que la soberanía pasó del Rey al pueblo, y se pregunta si ahora pasará al individuo. No contesta, pero podemos añadir otras preguntas: ¿está primero el Estado que el individuo?, ¿el bien común no demanda el bien de cada individuo?, si la soberanía descansara en el individuo, ¿estaría éste listo para asumirla con la responsabilidad que implica, sin confundirla con el individualismo? La globalización implica también desplazar el concepto “asunto interno”, y privilegiar el de “asunto de todos”, o de casi todos, lo cual podría acercarse a aquella idea de solidaridad universal, o de la “globalización de la solidaridad” demandada por Juan Pablo II. Claro que no todos podemos incidir

por igual. La clave estaría en descubrir cuál es el patrón común a todos -contando con todos-, o lo más parecido a ello y, no menos importante, ¿cómo se impone ese patrón? De momento no existen los mecanismos internacionales reconocidos para imponerlos, por lo que, si se definiera el supuesto patrón y se lograra un consenso amplio al respecto, en más de una ocasión habría que imponerlo por la fuerza. ¿Otra vez la guerra?

Dichas así las cosas, y viendo lo sucedido en Kosovo, pareciera que los del sur no cuentan para casi nada... Pero no es así. En la última Asamblea anual de la Organización de Estados Americanos (OEA), celebrada en Guatemala, Estados Unidos sugería la formación, por parte de la institución panamericana, de un grupo de "países amigos" para intervenir directamente en la nación donde la democracia se vea amenazada seriamente, como sucedió en Paraguay meses atrás, pero este plan fue rechazado, al menos de momento. Es evidente que el nuevo orden mundial también demanda compromisos más globales, no individuales o unilaterales. El método de los césares no es aplicable en el mundo globalizado.

Y si el mundo se globaliza, lo cual es ya un hecho, con todo lo que ello implica, ¿dónde encajamos nosotros? ¿Es tan difícil adaptarnos a ese nuevo orden mundial?

No se puede enfrentar el futuro con los métodos del pasado. No creo que retrocedemos, del mismo modo que, hasta ahora, no hemos avanzado lo suficiente. Puede verse la luz al final del túnel, pero si nos quedamos parados a medio camino bajo la bóveda, la luz no será luz, sino una ilusión, un sueño distante, un mínimo reflejo que, con la simple interposición de un pequeño objeto, quedaríamos sumidos en la oscuridad, aunque no hallamos retrocedido un milímetro; y lo que se ha dado en llamar logros de las últimas décadas, podrían percibirse sólo en nuestros recuerdos.

No puedo menos que recordar al Papa Juan Pablo II, sus palabras sabias y su cercanía para decirlas, sin las estridencias ni las arrogancias propias de quien "todo lo puede", sino con la caridad y la bondad suficientes para que, quien tenga oídos para oír, oiga. El mensaje del Papa no fue sólo para los católicos, ni siquiera sólo para los cubanos. Realmente la Iglesia, con su experiencia universal de dos mil años, conoce bastante sobre globalización. Por eso su mensaje se expuso en clave universal, más allá de las fronteras. Es un mensaje propio de la era de la globalización, no para una cultura o para un grupo de personas, sino para cualquier cultura y cualquier hombre. El Papa captó perfectamente esa manifestación nacional de interés por lo que ocurre más allá de nuestras fronteras, e incluso cierta necesidad de incidir si es posible, algo que él llamó "vocación universal".

No basta integrarse con América Latina -lo cual es muy bueno y necesario-, participar en todas las cumbres y foros, o dar nuevos pasos para promover la inversión extranjera. Falta el encuentro interno, el acercamiento y la apertura humana. Hablo de la aceptación del otro, como lo dijo el Papa a los Obispos cubanos de visita en Roma en Junio del pasado año: "*La apertura deseada no se limita a una simple mejora de las relaciones internacionales que tiendan a promover un*

proceso de interdependencia solidaria entre los pueblos en el actual contexto de globalización. Se trata ante todo de una disposición interior de cada uno, de modo que la renovación de la mente y la apertura del espíritu lleven hacia una verdadera conversión personal, favoreciendo así un proceso de mejora y cambio también en las estructuras sociales".

Merece reconocimiento condonar la deuda de los países centroamericanos afectados por el huracán Mitch y enviar médicos que trabajan por salvar vidas humanas, como lo ha hecho el Gobierno cubano. Pocas cosas dignifican más que compartir lo poco que se tiene, sobre todo cuando no se toman en cuenta diferencias ideológicas. Es honorable comprometerse a la integración regional superando barreras políticas. Es hora de comprometernos y compartir lo mucho que tenemos entre nosotros, la Patria, que no es tal sin la participación de todos los que la quieran bien -independiente y universal-, por encima de las diferencias ideológicas.

Que el bloqueo o embargo condiciona la vida interna, es cierto; y que el Papa lo rechazó en el último discurso de su visita, también es cierto. La misma Iglesia en Cuba se ha referido a ello varias veces. Pero la reflexión del Papa fue de 360 grados, globalizante: "*En nuestros días ninguna nación puede vivir sola. Por eso, el pueblo cubano no puede verse privado de los vínculos con otros pueblos, que son necesarios para el desarrollo económico, social y cultural, especialmente cuando el aislamiento provocado repercute de manera indiscriminada en la población, acrecentando las dificultades de los más débiles... Todos pueden y deben dar pasos concretos para un cambio en este sentido... De este modo se contribuirá a superar la angustia causada por la pobreza, material y moral, cuyas causas pueden ser, entre otras, las desigualdades injustas, las limitaciones de las libertades fundamentales, la despersonalización y el desaliento de los individuos y las medidas económicas restrictivas impuestas desde fuera del país, injustas y éticamente inaceptables*".

Hemos llegado a situaciones similares a aquellas alcanzadas hace cinco siglos: expansión mundial; contacto de culturas; desarrollo de las comunicaciones; nuevos inventos; cuestionamiento y reorientación de lo establecido; renovación del pensamiento...: le llamaron *renacimiento*. Salvando las distancias y los contextos sociales, en cierta forma la humanidad se encamina hacia un *nuevo renacimiento* que afectará prácticamente todo; creo que lo necesitamos. No se trata de despreciar el pasado, sino levantar desde él un nuevo edificio más humano y humanizante, para despertar otra vez en la persona humana la alegría de vivir. Un nuevo mundo solidario, no sometido a las leyes ciegas de los nuevos mercaderes ni sometida al peso de las ideologías: un renacimiento humano que someta el mercado y la ideología a la dignidad de la persona humana. Sería un buen intento de fin de siglo y principio de un nuevo milenio, después del drama de Kosovo y de tantos experimentos sociales que no tienen al hombre, o al menos no a todos, como eje central de sus acciones.

Una nueva utopía tal vez. ¿Podemos prescindir de ellas? □